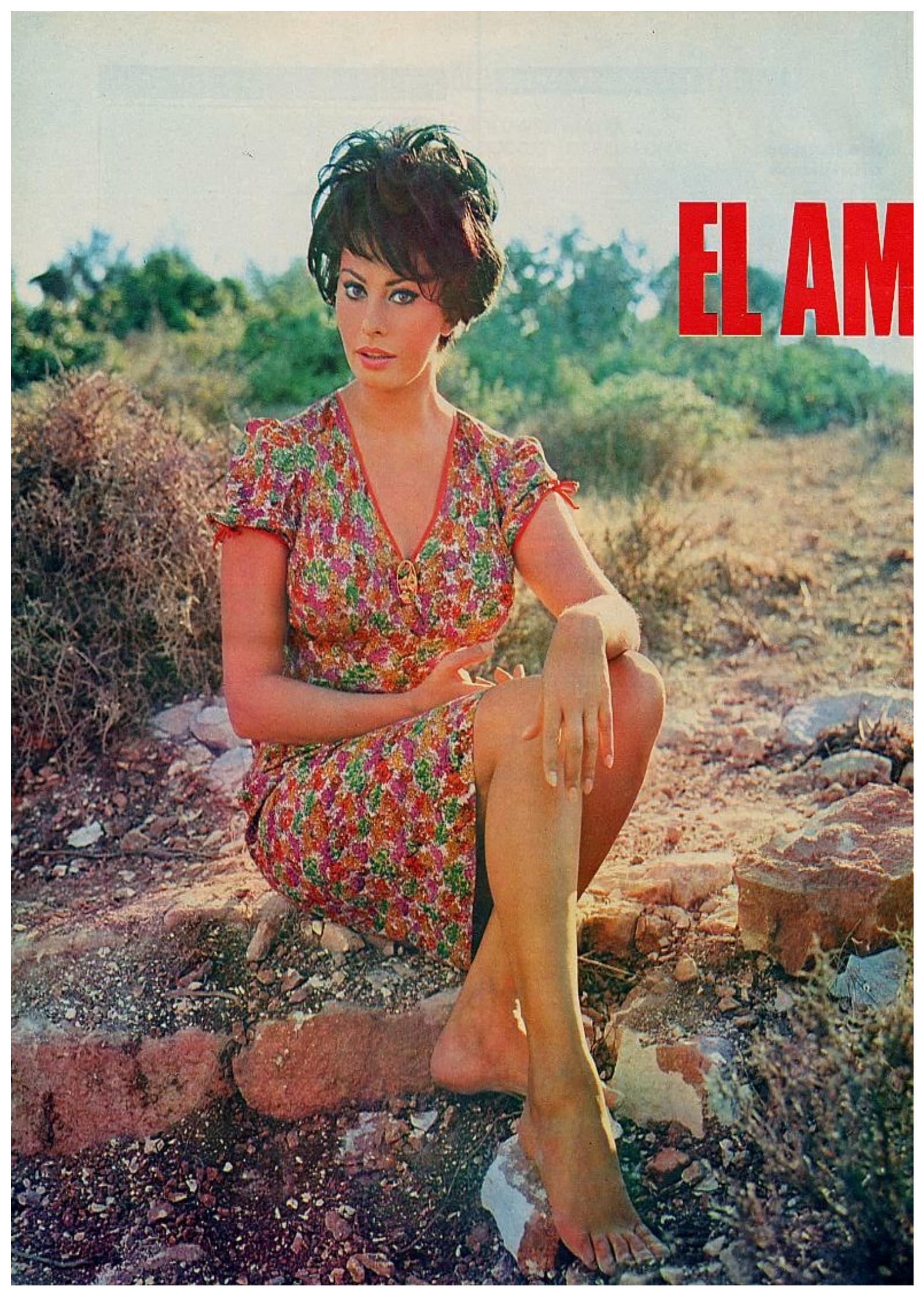


EL AM



"MI VIDA"

Y 3º

OR DE CARLO

AHORA que estaba ganando buenas cantidades de dinero, podía realizar mi promesa de luchar por el nombre de mi hermana. El pleito que presentamos contra Ricardo Scicolone llevó el juicio ante un Tribunal de Milán, con acompañamiento de tremendos titulares en toda la prensa italiana. Fue una prueba horrible oír a mi padre negar públicamente su paternidad. Después del juicio sufrí una indisposición y no pude levantarme de la cama en una semana. Pero hablamos ganado. El Tribunal ordenó a mi padre que legitimara a María. Entonces tenía quince años.

La victoria produjo un cambio extraordinario en ella. Su salud mejoró. Volvió a la escuela con la cabeza alta, trabajó duro durante tres años y se graduó con honores.

Cuando supimos, hacia el final de la guerra, que Mussolini había sido ejecutado, la última cosa que se nos podía haber ocurrido era que, diecisiete años más tarde, María se casaría con su hijo. Romano Mussolini, que es un pianista profesional de jazz, y mi hermana María, gran aficionada al jazz, se encontraron en un lugar de veraneo. Gracias a ellos tengo una ahijada, Alessandra. Comparten con mi madre el apartamento que compré para ella. La gente me pregunta: «¿Qué tal efecto hace tener a un Mussolini por cuñado?». Yo nunca pienso de Romano en esos términos. Nunca hablamos de ello. Es una buena persona, amable, pensativo, digno de confianza y lo demás no importa nada.

Aunque pueda parecer fantástico, mi padre es un asiduo visitante allí. Hace ya mucho tiempo que se separó de su mujer y, a pesar del daño que nos hizo, a pesar de la amargura de mi madre y su incapacidad para perdonarle, todos hemos llegado a aceptarlo en una relación de familiaridad. Come y juega a las cartas con nosotros. Actualmente es un buen agente de la propiedad inmobiliaria, y aconseja a mamá y a María en las cuestiones financieras. Yo vi a sus hijos por primera vez hace unas pocas semanas, en la fotografía de una revista, bajo el título de «los hermanos de Sofía Loren». Son altos, guapos chicos de alrededor de veinte años. Cuando le enseñé la foto a mi madre, ella señaló: «El mayor se parece mucho a tu padre cuando yo lo conocí».

Esta serenidad no sería posible si mi madre todavía le amase y le necesitase. Pero no es así. Tiene una vida encajada, establecida, un hogar propio, una nieta y, por ello, puede recibirlo sin dependencia emocional. Y además, a pesar de todo, es el padre de sus hijos. Como en lo que a mí se refiere, también soy demasiado feliz para no perdonar y olvidar el pasado. No hay sitio en mi corazón para la amargura.

los ojos de cary

En 1956 tuve un cable de Carlo que había ido a América a conferenciar con algunos productores: «Aprende inglés, lo necesitarás pronto». Contraté una profesora, una encantadora irlandesa llamada Sara Apain, que me hizo leer poesía y obras de teatro en voz alta, sobre todo de T. S. Eliot. Tenía que estudiar de cinco a siete de la mañana, pues el resto del día estaba ocupada rodando. Pero tuvie-

ron que pasar años antes de que dominara el lenguaje, pues me fascinaba de tal manera la música de las palabras que salían de mi boca, que no me podía concentrar en el significado. Lo que Carlo me había preparado era un contrato con United Artists para «Orgullo y Pasión», una historia de las guerras napoleónicas que debía filmarse cerca de Madrid, con Cary Grant y Frank Sinatra. El día que llegué a Madrid, el director, Stanley Kramer, dio un cóctel en mi honor en el Castellana Hilton. Cary Grant llegó una hora más tarde, y yo estaba ligeramente molesta, pero el mal humor se transformó en risa en el momento en que nos presentaron: «Ah, yes, Miss Lorbrigidar-Brigloren —dijo—, no puedo recordar esos nombres italianos».

Los ojos de Cary son su arma secreta. Pueden transmitir el matiz más sutil sin necesidad de hablar. En conversaciones serias, se auto-controla y, en plan de chunga, es verdaderamente gracioso. Con su ayuda, se me hizo el aprendizaje de inglés una verdadera diversión, a base de retruécanos y de giros snobs de Mayfair.

Como compañero de trabajo era modesto, prudente y generoso. Llegó un momento en que me tuve que plantear cuáles eran mis sentimientos hacia Cary. Aunque nunca me lo dijo abiertamente —no es su estilo—, yo sabía que Cary me amaba y que si quería, me podría casar con él. Pensé seriamente en este proyecto. Era una época de debilidad y de confusión para mí. Mis últimas dudas se desvanecieron cuando me di cuenta de que Cary, lo mismo que yo, era una persona básicamente insegura. El lo reconocía. Nuestra misma deficiencia nos hacía sentirnos más cerca uno del otro. Pero el matrimonio no puede fundarse en la mutua inseguridad. Y entonces, en un análisis final, me di cuenta de que, cualquiera que fuera lo que Carlo decidiera, yo no podía querer a otro hombre.

Más tarde, en Hollywood, Cary me dijo lo bien que le había sentado un tratamiento psicoanalítico bajo la influencia de la droga LSD. En su opinión, LSD podía beneficiar a todas las personas, y me animó a tomarla: «Te ayuda a librarte de los complejos», me dijo. «Pero es que no estoy segura de que quiero librarme de ellos. Son parte de mi maquinaria, la que me hace funcionar. Sin algunos complejos sería una mujer sosa y una actriz podrida».

«¿Pero eres feliz?», me preguntó. «Sólo los retrasados mentales pueden ser siempre felices; además, la felicidad no es un objeto en sí misma. Lo importante es aceptar todas las experiencias, tanto las buenas como las malas, correr riesgos, tratando de hacer más de lo que a uno le parece que es capaz de hacer». La agitada vida de una estrella de cine, su movimiento constante y sus horas de constante trabajo desde la mañana a la noche, dejan pocas ocasiones de hacer amistades íntimas, así que, aparte de mi familia inmediata, sólo puedo llamar amigos a tres o cuatro personas. Una de ellas es De Sica; la otra es el brillante guionista siciliano Basilio Bianchina; el tercero es Cary Grant.

carlo se decide

Lo que observé en Frank Sinatra, en mi estancia en España, trastornó completamente mis concep-



ESCRIBE

SOFIA LOREN

Una de las misiones de una estrella es la de saber posar, la de evitar la monotonía en sus fotos. Sofía conoce a la perfección su oficio. La pirueta no le asusta, como demuestra la insólita imagen, en que sus ojos son encuadrados por un exótico panecillo alemán.

ciones previas. No vi ni rastro del supuesto arrogante cazador de mujeres, del egomaniaco y engreído, del camorrista malhumorado. Era tranquilo y solía estar apartado de los demás. Fuera del trabajo, se metía en su habitación, leyendo narraciones militares o escuchando discos, sobre todo clásicos: Bach, Beethoven, Vivaldi. Nunca ponía discos propios (mientras yo, que siempre viajo con algunos de los discos de mi colección de jazz, escuchaba sus discos durante horas). Cuando yo venía de trabajar solía brotar repentinamente de su camerino, algunas veces con flores para mí, diciéndome: «Te quiero, Sofía», o «Sofía, eres lo más grande que hay», y desapareciendo a continuación.

Volví a Roma para encontrarme con un acontecimiento trascendental: Carlo se había decidido. A pesar de los obstáculos legales, quería casarse conmigo. Juliana estaba de acuerdo en divorciarse, si es que había manera de conseguirlo. Carlo y yo marchamos a América al año siguiente, en 1957, viviendo ya maritalmente. Lo que nos llevó allí fue un contrato de dos millones de dólares con Paramount Pictures, cuya inicial producción era «Deseo bajo los Olmos», de O'Neill. Yo llevo un diario y, hace poco, hojeándolo, me volví a acordar de esos turbulentos años. Primera impresión de Los Angeles desde el aire: un país de piscinas. Miles de ellas, de todas formas y tamaños, brillando al sol como diamantes azules. En el aeropuerto, los fotógrafos me dijeron que dijera «algo bueno» (en inglés, en sentido figurado, *cheese*, que literalmente quiere decir *queso*), ¿una costumbre local? Muy bien. Dije «formaggio» (*queso* en italiano). Todo el mundo soltó la carcajada y yo no entendí por qué se reían.

Charles Vidor, el director, nos ofreció **SIGUE** su casa. Un verdadero sueño. El jardín lleno

de bungavillos. Un party de bienvenida en el restaurante Romanoff. El propietario, un hombre pequeño que viste como un dandy eduardiano, habla inglés oxfordiano y envía a Nueva York sus camisas por avión, porque ninguna de las lavanderías de la costa le satisface, pretende descender directamente de los zares rusos (pero se llama Harry Gerguson y nació en Nueva York). Según Clifton Webb, algunos magnates del cine no dan un paso importante sin consultarle, y un importante productor permitió a su hija casarse con un actor sólo después de que Mike le asegurara que el muchacho era un perfecto caballero.

hollywood-party

Los partys de Hollywood...; nadie los da sólo por el puro placer de divertirse. Siempre son en honor de algo o de alguien. Cuando el licor em-



Más de una vez ha corrido el rumor, siempre desmentido, de que la Loren iba a ser madre. Incluso, en alguna ocasión, se especuló sobre el hecho de que se dedicara pacientemente a hacer punto...

pieza a correr, la gente te pasa los brazos por los hombros, habla sin parar de sus actividades y te hace partícipe de sus más íntimos secretos. Después de los primeros doce partys, aproximadamente, no fui más que a tres en el curso de tres años.

El restaurante de la Paramount; pedí un vaso de vino con el lunch; el encargado levantó las cejas: «Pero miss Loren, eso es contra las normas. Nadie bebe en el plato». Eso es lo que él se creía. Yo había visto a la gente echándose ginebra en la taza de café... Yo no tomo nunca licores fuertes, pero si no puedo tomar un vaso de vino con el lunch, prefiero no comer. El encargado, amablemente, hizo una excepción.

Bajo mi contrato con la Paramount hice siete películas y el año antes de venirme de Europa había hecho ya cuatro más para estudios americanos. Era demasiado, especialmente teniendo en cuenta que no podía yo escoger mi propio material. Un crítico de cine escribía en el *Time*: «Holly-

wood le ha dado principalmente papeles en historias deshonestas con un final deshonesto. Se le han dado papeles muy difíciles antes de conocer bien la lengua, como en «Deseo bajo los Olmos», de O'Neill, y se le ha emperzejado con hombres a los que ella podía haberse tragado en un vaso de agua». Cuando rodé con Alan Ladd («La sirena y el delfín»), que era cinco centímetros más bajo que yo, tuvieron que hacer una zanja para mí, para que pudiéramos pasear juntos.

Después de «Deseo», yo necesitaba un pequeño descanso. No me decidí por Italia, porque allí mis relaciones con Carlo habían empezado a prender en controversia pública. En lugar de ello, me reuní con él en Burgenstock, Suiza, donde teníamos y todavía tenemos un chalet al lado del de Mel Ferrer y Audrey Hepburn.

Carlo, que nunca se había llevado bien con De Laurentiis, estaba a punto de deshacer su compañía de la de él. En segundo lugar, Carlo había dado los primeros pasos hacia nuestro matrimonio. Tal como después nos enteramos, el abogado que tenía entonces, y que ya había muerto, le había aconsejado mal. Los procedimientos iniciados en suelo italiano señalaban grandes errores.

tiempo doloroso

El principal problema era, por supuesto, que en Italia no estaba permitido el divorcio ni por la ley civil ni por la eclesiástica. Sólo es posible la anulación matrimonial, y esto únicamente si lo autoriza el Vaticano, que acepta condiciones muy difíciles de probar.

Carlo y Juliana, que habían fallado dos veces en sus intentos de conseguir la anulación, decidieron arreglar las cosas de manera que un abogado mexicano les consiguiera el divorcio por poderes, al que los dos mutuamente consentían. Se llevó a cabo en agosto del 57, en Juárez, en el momento en que yo ya había vuelto a Hollywood para trabajar con Cary Grant en «Cynthia». Carlo se casó conmigo a continuación en Juárez por poder. La única razón por la que no comparecimos personalmente fue para evitar publicidad. ¡Vaya ideal! Antes de que nosotros mismos nos enteráramos de que el matrimonio había tenido lugar, el 17 de septiembre lo anunció Louella Parsons en su columna. Los periódicos echaron las campanas a vuelo a nuestro alrededor.

Lo que le siguió fue una mezcla absurda de misterios, inconsecuencias y paradojas, que han mantenido las baterías de los abogados funcionando durante ocho años. Si no he entendido mal —y creo que nunca llegaré a entenderlo del todo— la ley italiana autoriza a cualquier persona a acusar a cualquiera de crimen e instigar así contra ella el procedimiento judicial. Desde Milán, el presidente del Tribunal Supremo de Roma recibió una carta firmada por «Luisa Brambilla» denunciando a Carlo por bigamia (ya que su divorcio mexicano no tenía validez en Italia) y a mí por complicidad con él, crimen que podía ser castigado con la pena de uno a cinco años de prisión. Actuaba así, explicaba la carta, para defender la santidad del hogar. Nadie ha visto o identificado a la señora Brambilla, ni nadie sabe si existe realmente tal señora. Pero si existe realmente, no era una voz aislada. Varias personas nos denunciaron también, y entre ellas, fue lo que más me dolió, un grupo anónimo de mi pueblo de Pozzuoli.

Mostrarnos en Italia era arriesgarse a un arresto y a la confiscación de nuestros pasaportes. Pero los problemas de negocios de Carlo, después de su ruptura con De Laurentiis, se habían desarrollado de manera tan crítica que no tuvo más remedio que ir. A la hora de su llegada recibió la noticia de su abogado de que la Policía le buscaba, así que cogió el siguiente avión y salió de Italia. Hasta 1958, ninguno de los dos nos atrevimos a entrar en Italia. Cuando no estábamos trabajando, permanecíamos en Burgenstock o en París, donde teníamos un apartamento-oficina. Entonces llegó un telegrama del director del Festival de Venecia solicitando mi presencia como ganadora de la Copa Volpi, por la mejor actriz del año (la película era «Orquídea Negra»). Carlo solicitó garantías de inmunidad para mí antes de dejarme marchar. Las autoridades del Festival se las dieron y yo volé a Venecia en un avión que Carlo fletó para mí.

Había estado casi un año en exilio, siendo objeto de violentos ataques en mi casa, y camino de Venecia me sentía temblar, preguntándome qué clase de recepción me esperaba allí. En el momento de tocar tierra el avión mis miedos se evaporaron. Un comité de bienvenidas me llevó a través de una entusiasta multitud a una lancha de motor, y cuando íbamos pasando por el Gran Canal los gondoleros gritaban: «¡Es Sofia, nuestra Sofia que ha vuelto!». En la plaza de San Marcos me recibí entusiastamente una multitud de periodistas, fotógrafos y «fans» del Festival. A través de mis lágrimas no pude ver ni una sola cara hostil, ni oír una palabra contra mí. Al lado de esto, el Premio Volpi casi se vela desvaído.

Tampoco me sucedió nada desagradable cuando, unos meses después, hice una película en Capri con Clark Gable, «Bahía de Nápoles». Así que Carlo y yo, que añorábamos desesperadamente nuestra tierra, decidimos instalarnos de nuevo en Roma, pasara lo que pasara. Mientras tanto, nuestros abogados habían logrado convencer al presidente del Tribunal de que si nosotros realmente habíamos cometido un delito, lo habíamos cometido fuera del país. En lo que respecta a delitos importantes cometidos en el extranjero contra las leyes italianas, el presidente del Tribunal también ejerce jurisdicción, pero en lo que se refiere a delitos pequeños como la bigamia, ni la parte perjudicada puede presentar cargos ni el Ministerio de Justicia tiene que ordenar una investigación al fiscal público. La única parte que se podía considerar dañada era Juliana, y ella quería su libertad tanto como nosotros, mientras que el Ministerio dudaba si actuar, puesto que no existía precedente de tal situación.

segundo juicio

Todo parecía marchar bien hasta 1959, en que explotó una bomba. Alguien robó a Carlo la «declaración por poder», procedente de los archivos de Juárez. Quién o quiénes lo hicieron, nunca lo sabremos. Sacó una copia y la envió al Ministerio de Justicia. Esto indicaba que parte del «crimen» había sido planeado en Roma. Ahí estuvo el error de Carlo: no haber franqueado el poder desde Suiza. El Ministerio no tuvo más remedio que ordenar una investigación.

Tuvimos que afrontar dos juicios, uno civil y otro criminal. En el último caso, el fiscal público accedió a suspender la acción hasta que dictaminara el tribunal civil. Entonces, nuestras esperanzas residían en probar que nuestro matrimonio mexicano era inválido, porque si no estábamos legalmente casados, no podíamos haber cometido bigamia. Aunque parezca mentira, el mismo poder contenía la evidencia que necesitábamos. La ley mexicana requiere que una tal declaración por poder sea atestiguada, pero, en su ignorancia, el notario en Roma no había llamado testigos y así constaba en el poder. Cuando nuestros abogados llamaron la atención sobre esto a las autoridades mexicanas, declararon nulo el matrimonio. ¡Estábamos salvados! ¿Seguro?...

El juez insistió en examinar el documento original, no una simple copia. Pero el original faltaba. Los notarios italianos, sin embargo, tenían poder para presentar documentos duplicados de los archivos del Estado. El juez nos ordenó que así lo hiciéramos. Ante nuestro horror, el notario había olvidado anotar, tal como hizo en la primera copia: «no hay testigos». A pesar de ello, el juez convino en que nuestro matrimonio no era válido, pero no por la razón que esperábamos —una cuestión técnica de documento—, sino porque dictaminó que era nulo sobre la base de que Carlo estaba todavía casado en aquel momento, dado que la ley italiana no reconocía su divorcio de Juliana. Permanecía el cargo criminal.

El segundo juicio fue fijado para el mes de julio y después fue pospuesto cuando nuestros abogados apelaron contra el veredicto civil. Esto deja a Juliana y a Carlo casados en Italia, pero divorciados en México; mi matrimonio con Carlo anulado en ambos países, por razones totalmente diferentes, y a Carlo y a mí en situación de arrastrar para siempre el estigma de la bigamia. Ocurra lo que ocurra, los tres estábamos seguros de **SIGUE**

"MI VIDA"



que nunca seríamos libres para casarnos bajo la ley italiana. Por esta razón, tanto Carlo como Juliana se hicieron ciudadanos franceses, donde, a pesar de ser un país predominantemente católico, permiten el divorcio. Tan pronto como obtengan su segundo decreto, Carlo y yo nos casaremos por segunda vez.

Fui educada en el catolicismo; creo en Dios; entonces, ¿cómo reconcilio mi desobediencia a las leyes católicas con mi fe? El conflicto es doloroso. Pero yo debo actuar conforme a mi conciencia. Me consuelo a mí misma pensando que a lo largo de su historia, la Iglesia se ha ajustado sabiamente, si bien lentamente, a los cambios sociales. Algún día, estoy segura, aunque no probablemente mientras yo viva, la Iglesia dejará de condenar a dos personas que han dejado de quererse a vivir como marido y mujer, y les reconocerá el derecho de buscar la felicidad por separado.

robo en londres

La primera película que hice después de que expiró mi contrato con la Paramount fue para la 20th Century Fox, «La Millonaria», de la obra de Bernard Shaw, con Peter Sellers, y en vista de lo que sucedió durante su rodaje en Inglaterra, su título parece irónico. Desde «El Oro de Nápoles», Carlo había celebrado la première de cada una de mis películas regalándome una joya. Otras cuantas las había comprado yo misma. La colección sumaba alrededor de \$ 700.000 en collares, brazaletes, broches y sortijas en oro, diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Cuando viajaba, siempre las llevaba conmigo en una maleta de cuero negro, que solía guardar a mi llegada en el cajón de una mesa. Apenas me las ponía. Su valor para mí derivaba en parte del sentimentalismo, en parte de mi sentimiento de inseguridad. Cada joya evocaba un recuerdo de mi vida con Carlo y, al mismo tiempo, me aseguraba que no volvería a tener hambre nunca más.

Carlo había alquilado una casa para mí en Elstree, cerca del estudio. Yo no estaba tranquila por

las joyas, porque la semana anterior la habitación del hotel de Gregory Peck había sido saqueada. Pedí al propietario de la casa que me proporcionara un vigilante. «No hay nada que temer en estos alrededores», miss Loren», me contestó. Yo insistí. Después de una semana de retraso, me prometió que pondría un vigilante a la mañana siguiente. Esto fue la noche del sábado, y yo esperaba a Carlo que llegaba en avión desde París.

A causa de que los pormenores relativos a las estrellas de cine se propagan ampliamente, las compañías aseguradoras las consideran un riesgo bastante acusado, y cobran tanto por asegurarles las joyas que no vale la pena hacerlo más que durante un pequeño período, mientras se está de viaje. Carlo había pensado hacerlo así en Londres. Me fui al aeropuerto a encontrarme con él, dejando en casa a mi secretaria, Inez, y a un invitado, viendo la televisión en el living-room. Ya era tarde cuando regresé con Carlo, la muchacha se había ido a la cama y yo misma preparé la cena. Poco después subí a mi habitación, en el segundo piso. Una ventana estaba abierta de par en par. Lo mismo todos los cajones de la mesa. Mi caja de joyas había desaparecido. Me doblé como si me hubieran dado una patada en el estómago y llamé a gritos a Carlo. Mientras él registraba la casa, telefoné al departamento de Policía de Elstree. Vieron cuatro agentes y de sus modales se desprendía claramente que pensaban que aquello era una trama urdida para dar publicidad a «La Millonaria». Pero cuando se dieron cuenta de que mi shock era auténtico empezaron una investigación seria.

En una entrevista que me hicieron al día siguiente, ofrecí pagar la tercera parte del valor de las joyas, sin preguntas de ninguna clase, a quien me las devolviera. Nunca recibí ni una sola pieza y, como Carlo todavía no había podido asegurárselas, la pérdida fue total: 700.000 dólares. Pero no me extraña, ahora que me he enterado de que, no hace mucho, una banda de ladrones ingleses se fugaron con un tren entero lleno de billetes de Banco, de los cuales la Policía ha recuperado sólo una pequeña parte.

Al día siguiente, Peter Sellers me regaló un brazalete de oro, explicando en la tarjeta que lo acompañaba, que lo entendía como un trofeo de guerra «por haber soportado un amargo golpe con indomable sangre fría y control típicamente anglosajón». Me dijo también que esperaba que el brazalete sería el principio de mi nueva colección. Pero he perdido el gusto de coleccionar joyas caras.

el oscar

Pocas de mis películas americanas me habían ofrecido la clase de papel al que yo me sintiera inclinada o pudiera identificarme. Tengo una deuda de gratitud con Anna Magnani, por haberme dado la mejor oportunidad de mi carrera. En 1957, Alberto Moravia publicó su potente y viva novela de guerra en Italia: «La Ciociara» o «Dos Mujeres», como se llamó en inglés. Todo el mundo que la leyó, incluido Carlo, que adquirió los derechos cinematográficos; De Sica, quien quedó en dirigirla, y yo, originalmente escogida para representar a la hija de diecisiete años, nos figurábamos a la Magnani para la mujer de mediana edad, la indomable Ciociara, la madre campesina, representando el espíritu de su clase en la calda, la angustia y la regeneración. Pero cuando De Sica se dirigió a la Magnani, ella le dijo: «Soy demasiado joven para representar a la madre de la Loren. Que ella misma haga ese papel». De Sica pensó que era una idea excelente. Así que la edad de la Ciociara fue rebajada hacia alrededor de los treinta, y la de su hija, que hizo una pequeña principiante inglesa, Eleonora Brown, a los trece.

Desde «Oro de Nápoles» no me había sentido nunca tan identificada con un papel. Yo vivía realmente el papel como si fuera mi madre, cuya personalidad se parecía a la de la Ciociara. Los gestos, la manera de hablar, las actitudes acudían a mí tan naturalmente como la respiración. El film, acabado en 1961, me proporcionó ser propuesta para un Oscar.

No fui a Hollywood para la cena del reparto de premios, porque me figuré que si ganaba me desmayaría y prefería desmayarme en casa. Estuve esperando, junto con Carlo, en nuestro apartamento de Roma, la larga noche del 9 de abril. No pude probar bocado, mientras que Carlo dejó limpio el plato. No podía leer, pensar coherentemente, ni tener una conversación lógica. Carlo miraba la televisión. Su tranquilidad me volvía loca. Llamé por teléfono a amigos de Hollywood, sin darme cuenta de la diferencia de horario. La ceremonia no había empezado todavía. Hacia las tres de la mañana tratamos de dormir, pero ni siquiera los nervios de Carlo eran tan firmes como para esto. Nos vestimos de nuevo y volvimos al cuarto de estar. «Es tonto tener esperanzas —dije—: nunca se lo han dado a una película extranjera». «Tienes razón —dijo Carlo—. No te atormentes».

A las seis y media de la mañana (nueve y media de la noche en Hollywood) sonó el teléfono. Carlo contestó, escuchó, sin poner ninguna expresión. «Gracias —dijo y colgó. Después se volvió hacia mí y me dijo—. Parece que lo has ganado».

Las dos noches siguientes pasaron en una especie de éxtasis nebuloso. Recuerdo vagamente repartidores de telegramas entregando montones de mensajes de todas las esquinas del globo, periodistas y cameraman invadiendo nuestro apartamento, copes de champagne chocando... Al final, exhausta, me encontré echada en la cama entre María y mamá. No había necesidad de palabras. Sabíamos que todos pensábamos en Pozzuoli y en la distancia que nos separaba de allí.

Magnani no estuvo entre mis felicitadoras. En una reciente entrevista declaró: «No es fácil encontrar guiones que me vayan a mí. Carlo Ponti los agarra todos. El se da cuenta de que imitar a la Magnani da dinero. Se da perfecta cuenta de la fibra de esa avalancha de «sexy» que es la Loren». Como la mayoría de los napolitanos, tengo un temperamento impulsivo, pero ayudada por Carlo he aprendido a controlarlo en público. Sentí en esta ocasión un volcán dentro de mí ardiendo, pero procuré que no se pusiera en erupción.

Dos años y cuatro películas después de «Dos Mujeres» me encontré trabajando de nuevo con De Sica y Mastroianni en la película de tres episodios «Ayer, Hoy y Mañana». En el episodio «Ayer» hacía el papel de una esposa napolitana que es condenada

Ponti y Sofia poseen, en las inmediaciones de Roma, un suntuoso palacio, verdadera apoteosis del barroco, en el que se materializa el hecho de haber llegado a la cúspide y que representa, hasta cierto punto, algo así como una garantía ante la eventual incertidumbre del futuro.





Las veladas en casa de los Ponti, en las raras ocasiones en que las obligaciones profesionales les permiten disfrutar de ellas con tranquilidad, intentan ser lo más parecidas a las de cualquier pareja burguesa. No falta en ellas, como elemento susceptible de completar el cliché tradicional, la figura de la «mamma», Romilda Villani.

a una sentencia de cárcel por mercado negro de cigarrillos y que retrasa la ejecución de la condena durante años por hallarse siempre encinta. Para rodar esta secuencia utilizamos la cárcel local, y uno de los presos, que había seguido el rodaje mirando a través de las rejas, arrojó un poema, escrito por él mismo, que De Sica leyó en alta voz ante todos los actores y técnicos. Empezaba así: «Que Dios mande de verdad un niño para bendecir la vida de cierta encantadora señora...». Me detuve de repente y corrí fuera del «set». Lloraba, pero mis lágrimas eran de alegría. Lloraba por el secreto, compartido sólo por Carlo, de que iba a ser madre. No podía pedir mejor regalo a Dios. La ansiedad —nunca en mi vida había deseado nada más apasionante— combinada con el mucho trabajo, me habían dejado exhausta en el momento de acabar el primer episodio, y me tuve que meter en la cama. Mi médico me mandó estar en la cama por lo menos dos semanas. Pero a los pocos días me sentí con suficientes energías. De Sica esperaba por mí en Milán para rodar el episodio «Hoy», de modo que volé hacia el Norte. El vuelo era corto, pero me cansó, y tuve que descansar durante un par de días en el hotel. Cuando empezamos el rodaje yo empezaba el cuarto mes de gestación.

Casi toda la acción tenía lugar en un automóvil a toda velocidad. La carretera estaba llena de baches; debería haber insistido en un doble para las escenas más pesadas, pero, ¿qué razón podía dar? No quería que mi estado fuera conocido por la gente y no sé lo había dicho todavía a De Sica. Finalmente tuve que hacerlo. No podía seguir adelante. Llamé a Carlo a Roma. «Va a pasar algo horrible», le dije. El trató de reanimarme: «No pasará. No te puede pasar a ti. Voy en el próximo avión». Vino un médico. Por entonces yo ya lo sabía. Se sabe cuándo se acaba algo, cuando estás llevando contigo algo que ya no es tuyo, algo muerto. El médico me envió a un hospital.

Quando pasó todo, se anticipó a mi primera pregunta. Por supuesto que yo podría tener más hijos, pero tenía que esperar un período de tiempo.

Acabamos el segundo episodio, luego volvimos a Roma para el tercero. No es una película que me guste ver.

algunos amigos

En trece años de hacer películas en tres continentes, me he encontrado, dentro y fuera de la profesión, una variedad fascinante de celebridades, los ricos, los poderosos, los sabios, los simplemente famosos. Algunos apenas los podré reconocer si me cruzara con ellos en la calle. De otros guardo impresiones tan vividas como si los tuviera delante de mí...

Clifton Webb, que conserva su impecable personalidad, su despegue cómico, a lo Woodhouse, en todos los actos de su vida. Un soltero preciso hasta bordear la pedantería, puntual como un cronómetro suizo, cortés como un príncipe. Trabajamos juntos en Grecia, en «La sirena y el delfín», y me encantaba enrespar su calma anglosajona. Una de las formas era decirle que parecía más inglés que la familia real inglesa. Invariablemente explotaba: «¡Soy un auténtico americano!».

Mrs. Webb, su madre octogenaria, que le acompañaba a todas partes, manejaba los detalles mundanos de su vida y supervisaba los contratos de sus films. Una excéntrica al estilo antiguo, aparentemente soñadora y despistada, tenía en realidad una cabeza tan bien puesta sobre los hombros como un mariscal de campo. La combinación ponía fuera de combate a los más agudos hombres de la industria, y le proporcionaba bellos contratos para su hijo. Su sentido del tiempo y lugar era ambiguo. Parecía que confundía el aeropuerto de Roma con Idlewild y que cuando estaba volando creía ir en tren. A menudo vestía por la mañana como si

fuera a un party nocturno. Podía beber como un hombre. «El whisky es la leche de los viejos —solia decir—, no puedo comprender por qué algunas personas tienen tantos prejuicios contra él».

William Holden, taciturno, de terrible temperamento, lleno de dudas, de inseguridad en sí mismo. Cuando preveía «tormentas», dejaba la sala de proyección antes de que las luces se encendieran, porque no podía soportar las críticas de los otros. Pero conmigo, de quien fue oponente en «La llave», hizo una galante excepción. Permaneció de pie y dijo: «Sofía, de verdad que lo has logrado».

Cuando las estrellas de cine han sido ídolos de nuestra juventud, encontrarlas en carne y hueso y cuando se ha crecido, es a menudo desilusionante. Sin embargo, al mismo tiempo puede ocurrir que la realidad sea más cálida, más humana, más interesante que la ilusión. Recuerdo al ejemplar más acabado de temeridad, al arquetipo del héroe fuerte, silencioso, John Wayne, cuando fue lanzado al aire por un caballo en el rodaje de «La ciudad perdida», con el tobillo torcido y gimiendo de dolor, metiendo el tobillo en un barreño de agua helada.

La Reina Isabel, el festival del cine italiano en Londres, y mi «paso en falso»... Yo lucía una corona con un diamante para la ocasión, sólo para enterarme demasiado tarde por medio de la actriz que estaba a mi lado, de que ninguna mujer podía ponerse una corona en la presencia real. La Reina se aproximaba ya por el pasillo del teatro para saludarnos. Pero su sonrisa, mientras yo la saludaba, una de las más radiantes que he visto en mi vida, me aclaró que estaba disculpada.

El Rey Balduino, en una gala del estreno de «La llave» en Bruselas. Estaba sentado directamente enfrente de mí, y su comportamiento me desconcertaba. El público me aplaudía, pero sus manos no se movían. Se volvía a mirar alrededor, parecía estar apurado, volvía a mirar hacia atrás. Una vez

(Pasa a la página 64)

"MI VIDA"

(Viene de la página 19)

pareció estar a punto de hablar, después lo pensó mejor y no lo hizo. Finalmente, se permitió un ligero saludo. En el descanso, Su Majestad se explicó: El protocolo le prohibía darse por enterado de mi presencia hasta que no fuera presentado a él. «Por supuesto, no pude evitar darme un poquito por enterado de su presencia —dijo—, y me hubiera gustado aplaudir por todo lo alto».

encuentro con mikoyan

Anastas Mikoyan, vicepresidente de la Unión Soviética, visitando la Paramount y accediendo a posar conmigo para un «sketch» publicitario. Es más bien bajo, moreno y tiene los ojos brillantes, y me recordaba en su fisonomía a los sicilianos. La conversación, hasta donde puedo recordarla, transcurrió así:

Mikoyan (en inglés): «¿Habla usted ruso?».

Yo: «No, excelencias».

Mikoyan: «¿Por qué no?» (me quedé perpleja, sin poder contestar). «¿Le gustaría visitar Rusia?».

Yo: «Desde luego».

Mikoyan: «¿Y por qué no lo hace? (se me ocurrieron varias razones, entre ellas las dificultades para obtener un visado. No dije nada). Diríjase a mí y no tendrá ninguna dificultad. Yo no he visto ninguna de sus películas, sólo fotografías en los periódicos. ¿Conoce usted el teatro ruso?».

Yo: «No tan bien como debiera, pero lo que conozco me hace pensar que los rusos tienen un carácter parecido a los napolitanos. Me gustaría hacer «Las tres hermanas», de Chajov».

(Esto creo que le recordaría que algunos productores extranjeros habían propuesto hacer esta obra en Rusia. El productor era, de hecho, Carlo, y las hermanas iban a ser Marilyn Monroe, Ingrid Bergman y yo, pero los rusos pedían un porcentaje demasiado alto de beneficios.)

Mikoyan: «¿Es verdad que las películas de aventuras americanas siempre usan dobles para sustituir a los actores?».

Yo: «Personalmente, si se trata de montar a caballo, de nadar o de bailar, prefiero hacerlo yo misma, pero si se trata de saltar por un precipicio, no».

Mikoyan: «¿Cuál es su próximo film?».

Yo: «"Bahía de Nápoles". Será filmada en Capri».

Mikoyan: «¿Ah, sí! Gorky amaba esa isla. Me gustaría visitar Italia. ¿Cuándo es la mejor época?».

Yo: «En mayo, pues la hierba todavía está verde; después, en verano, se pondrá de color amarillento».

Mikoyan: «Mayo es un mes muy bonito en Rusia también. No olvide su promesa de visitarnos. Le deseo un gran éxito. Las mujeres italianas son muy guapas».

(Finalmente fui a Rusia hace unos meses para el Festival Cinematográfico de Moscú, donde me premiaron como la mejor actriz por «Matrimonio a la italiana».)

Capri y Clark Gable. Aunque me crié a una distancia de un pequeño paseo en barca de la fabulosa isla, nunca había puesto los pies allí, pues era demasiado pobre como para pagarme el pasaje. La contemplaba largamente, lanzando destellos en el horizonte, una maravilla siempre atrayente, siempre inalcanzable. Y fue Clark Gable quien, por conocer la isla metro a metro, me llevó a recorrerla en un carruaje. ¡Qué punzante el recuerdo de este viaje cuando me enteré de su muerte!

Charlie Chaplin, para mí el genio supremo del cine, prácticamente el inventor de éste como un arte. Hace dos años, un amigo mío, un productor israelí llamado Kurt Unger, me dijo: «He estado con Chaplin. He visto tu trabajo. Está loco contigo y quiere hacer una película». No tuve ninguna noticia directa de Chaplin, pero empezaron a circular rumores de que estaba efectivamente escribiendo el guión. El año pasado, cuando se estaban filmando varias escenas de «Lady L» en Suiza, cerca de Vevey, donde vive Chaplin, otro amigo productor, Pierre Rove, me confirmó confidencialmente el rumor. «Ayer vi a Chaplin —dijo—, vino desde Lon-

dras especialmente. Quiere que te lleve a cenar con él».

Chaplin, pequeño, con sus cabellos blancos, nos esperaba en la puerta. Yo estaba colorada de la emoción, e increíblemente él también lo estaba. Nos ofreció bebidas, y por una vez escogí licor, vodka, y me lo tragué de un golpe. Me hizo bien. Casi instantáneamente empezó a hablar del guión, una gran comedia entre un diplomático americano y una «áspera» princesa rusa. Mientras lo representaba, los años huían de él como si fueran una cáscara. Tiene todavía el brillo, la gracia de un bailarín joven. Yo le observaba, con la respiración cortada, mover las manos y los pies, la vitalidad y la elocuencia de sus ojos y de su boca...

Oona Chaplin y dos de sus hijos se reunieron con nosotros a la hora de la cena. Fue un menú ruso, que incluía patatas rellenas con caviar y más vodka. Al final, Oona se llevó aparte a los demás, dejándonos solos a su marido y a mí para charlar. Me contó sus comienzos humildes, sintiendo, creo yo, que eso nos haría sentirnos más cerca.

¿Dónde estaba la aspereza, el resentimiento, el egotismo, del que tanto había oído yo hablar? No vi nada de esto. Nadie me ofreció tan abiertamente su amistad ni me hizo sentirme más a gusto.

un palacio: villa sofia

Treinta y ocho películas en trece años. No me han dejado muchas oportunidades de ocio. Normalmente, mi día de trabajo empieza a las seis de la mañana. Estudio mi papel, me someto al maquillaje y al modisto, y hacia las nueve estoy en el «set». El rodaje normalmente dura hasta por lo menos las seis y ocasionalmente pasa de las ocho. En el momento en que llego a casa estoy en la mejor situación para acostarme inmediatamente. Después están los festivales de cine, las premiéres, las apariciones en público, las fiestas a las que se debe asistir por razones de cortesía profesional. He viajado a través de buena parte del mundo, pero he visto poco más de él que los aeropuertos y los «plateaux». Nuestras casas de Roma, Burgenstock y París, apenas puedo pasar unos pocos días de vez en cuando en una de ellas. Desde 1952, sólo he tenido dos veces unas verdaderas vacaciones; la primera de dos meses, mi luna de miel; la segunda de cuatro, recuperándome del aborto que tuve.

Cuando nos casamos, Carlo me prometió la casa más maravillosa en el mundo. Le llevó casi siete años y casi tres millones de dólares rehacer y amueblar una histórica villa cerca de Roma. El Gobierno italiano la ha declarado Monumento Nacional y garantizado a Carlo fondos para su preservación. Parte de la estructura original data del siglo primero. Por debajo de ella existen catacumbas donde hay probablemente tumbas de mártires cristianos. Hay cincuenta habitaciones que contienen suelos de mosaicos auténticos romanos, frescos del siglo XVI que representan la vida campestre, candelabros imperio. Mi cama, de madera tallada y pintada, bajo un techo de madera también pintada, es Luis XVI. Desde la ventana de mi habitación se divisa una piscina oval, de 135 pies de larga. Fuentes barrocas, maneniales y fuentes artificiales, un aviario de pájaros raros, jardines de plantas y de flores, viñas, orquídeas. Hacemos vino de nuestras propias uvas, y aceite de nuestras aceitunas. Un paraíso. Pero realmente no se le puede llamar hogar. Tanto es así que no he podido pasar más que unas pocas semanas allí hasta ahora.

Pero está donde esté echo de menos a Villa Sofia. Y deseo añadirle toques personales; quiero que crezcan allí hijos míos. ¿Me compadezco un poco a mí misma? Nada tan lejos de la verdad. Mis amigos me dicen: «Sofia, has ganado más dinero del que podrás gastar en toda tu vida. No tienes por qué trabajar más. ¿Cuándo vas a parar un poco y a disfrutar de la vida?». Lo que ellos no entienden es mi profunda necesidad de trabajar. Para mí rodar es lo que es pintar para el pintor o componer para el músico, la única forma de autoexpresión. Cuando ruedo, me siento animada, segura, creadora, más realmente viva. Por la razón contraria estoy tímida e incómoda en las entrevistas televisadas y en las apariciones en público, porque entonces no tengo ninguna personalidad que asumir. Sólo me puedo proyectar yo misma. Estoy demasiado expuesta.

Tres películas acabadas durante el año pasado esperar a ser estrenadas —«Judith», «Lady L» y «Arabesque». El próximo año promete ser todavía más activo. Además del film de Chaplin, las posibilidades incluyen la vida de la santa americana Madre Cabrini. Mi ambición máxima es hacer tragedia griega, quizá «Medea», porque lleva las emociones hasta el límite. Para las pasiones que reconozco en mí misma y deseo expresar, la trama de las películas modernas apenas proporciona una salida. «Medea» es el Vesubio en erupción.

Las pocas horas que nos dejan libres, Carlo y yo las dedicamos a placeres prosaicos. Disfrutamos con los pasatiempos corrientes, domésticos. Jugamos a las cartas con furor, a los juegos italianos de dos personas, tales como la *Briscola* y *tresette*, o con mi familia, al póker. Carlo y yo jugamos a todas las clases concebibles de apuestas. A veces incluso nos jugamos la villa. Algunas noches la gana él, otros yo. Me gusta bailar, pero no en night clubs. A Carlo no le gusta, así que ballo yo sola, o con María, con discos. Nos bailamos la discoteca entera, sobre todo me gusta la música latinoamericana, su romanticismo, en la samba y la bossa nova. Me gusta también la música seria y prácticamente todas las películas, pero no en salas de cine. Me conformo con ver y escuchar la televisión. Me gusta la buena comida y el vino, pero no en restaurantes y menos que ninguno los que están de moda. Una comida me sabe mejor bajo mi propio techo. Me gusta la compañía y que todo el mundo hable mucho, pero no me gustan las grandes fiestas; prefiero las reuniones informales de unos pocos amigos bajo mi propio techo. Me voy temprano a la cama. Tengo miedo de la oscuridad, un complejo que arrastro, me spongo, de algún susto de mi niñez, y si Carlo no está conmigo, duermo con una lámpara al lado de mi cama.

seguiré trabajando

Cuando el trabajo me hace marcharme de casa, normalmente por tres o cuatro meses, para suavizar la tristeza que me da el cambio, me llevo conmigo ciertos objetos que representan para mí trozos del hogar, símbolos de seguridad. Mis discos de jazz: Sinatra, el Trío Oscar Peterson, Ella Fitzgerald, Erroll Garner, Barbra Streisand. Fotografías de mi familia. Una cadena de oro de Cary Grant. Un Buda de coral. Una medalla de San Cristóbal. Un Oscar en miniatura. Un ejemplar del libro «¿Qué es la Psiquiatría?», por el más grande psiquiatra inglés, con un capítulo sobre el significado de los sueños que nunca me canso de leer. Recuerdos de mis films, regalados por la compañía.

Por «La Millonaria», un arpa de oro, con una perla incrustada, en una cadena de platino. La heroína de «Matrimonio a la italiana» empieza su vida en un burdel. Las madames italianas acostumbraban a entregar a cada cliente una «marchette» (como una chape), con el precio en ellas. El cliente la entrega a la chica que ha escogido, que, más tarde, se lo devuelve a la madame, a cambio de dinero. La compañía de «Matrimonio a la italiana» me regaló una «marchette» de oro con la inscripción «100L».

Me veo, mientras siga sin niños, trabajando a la misma marcha. Pero cuando Carlo y yo estemos casados con seguridad, yo quiero niños, por lo menos tres. Entonces, creo, podría renunciar alegremente a la vida de estrella por la vida de un ama de casa.

Empecé mi historia describiendo el sueño agradable y la pesadilla que se me habían repetido desde la niñez. En el sueño bueno, explicaba yo, estaba corriendo a lo largo de una playa hacia un sol de Poniente, que cuando más quería captarlo más se me escapaba, y en la pesadilla un monstruo alado me perseguía por una escalera. El sol y el monstruo, durante años me pregunté por su significado, hasta que me di cuenta de que eran dos caras del mismo problema. El sol, creo yo, simboliza el éxito que tanto luché por obtener; el monstruo, la pobreza y el sufrimiento de mi niñez. En realidad, se podría decir, he alcanzado la una y he escapado de la otra. Sin embargo, en sueños, todavía corro hacia el sol y escapo del monstruo.

F I N

©Copyright by CURTIS PUBLISHING CO., N. Y. A.
ZARDOYA-Barcelona

(Fotos Archivo TRIUNFO)